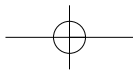
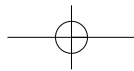
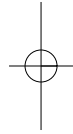


Nadie como tú

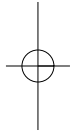


La Romántica

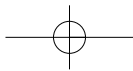




Anna Casanovas
Nadie como tú



Esencia/Planeta



Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados

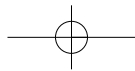
© Anna Turró Casanovas, 2008
© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

Diseño de la colección: Laura Comellas / Departamento de Diseño,
División Editorial del Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © Dougal Waters / Getty Images
Primera edición en Colección Booket: abril de 2009

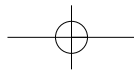
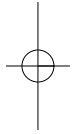
Depósito legal: B. 11.156-2009
ISBN: 978-84-08-08593-5
Impresión y encuadernación: Litografía Rosés, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

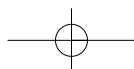
Biografía

Anna T. Casanovas nació en 1975 en Calella, un pueblo de la provincia de Barcelona, y es la mayor de una familia de seis hermanos que son su mayor fuente de inspiración. Tras estudiar la carrera de Derecho empezó a trabajar en una entidad financiera sin renunciar a dos de sus grandes pasiones: leer y escribir. Como ella siempre ha creído que las novelas románticas son lo mejor aparte del chocolate, Keanu Reeves o los besos de su marido, decidió arriesgarse a escribir una propia: *Nadie como tú*.



*Para mis padres, porque ellos me enseñaron a soñar.
Y para Marc, porque él ha convertido todos sus sueños en realidad*





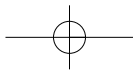
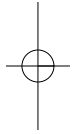
Agradecimientos



Ní mi libro ni yo seríamos los mismos sin Esther. El té con limón a media tarde, las risas que hemos compartido y sus consejos me han ayudado mucho más de lo que ella sabrá jamás. Además, ahora sé algo de Fórmula 1.

También quisiera agradecer a la editorial, y en especial a Laura Falcó, que haya confiado en una historia de amor como la de *Nadie como tú*. Y a Dolors y a Carme, que con su paciencia, sus sugerencias y su cariño han logrado que todas las piezas encajaran mucho mejor en su sitio.

Y antes de despedirme, me gustaría dar las gracias a mis hermanas, Marina y María, por ser las primeras y únicas lectoras que he tenido durante mucho tiempo. Sus consejos, junto con los de Gabriela, han sido vitales para la historia de Ágata y Gabriel.



Prólogo



Ágata no podía dejar de llorar. No era un llanto exagerado ni desgarrador, simplemente no podía dejar de llorar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas en silencio y ella iba secándose de vez en cuando con el pañuelo de papel que tan amablemente le había dado la azafata. En el último año de su vida se había subido a dos aviones; el primero, casi seis meses atrás, la llevó a Londres, donde perdió su corazón y recuperó su carrera profesional; el segundo la devolvía ahora a Barcelona, con un pedazo menos de alma, el corazón hecho añicos y enfadada como nunca antes lo había estado.

Bueno, ella ya era mayorcita, y sabía a lo que se arriesgaba enamorándose de un hombre tan complicado como Gabriel.

—Tome otro pañuelo —le ofreció la azafata con una sonrisa—. Dentro de media hora llegaremos a Barcelona.

La azafata se fue y Ágata, tras secarse las lágrimas, intentó serenarse. Al menos no tenía a nadie sentado a su lado y podía regodearse en lo estúpida que había sido e intentar encontrar el modo de salir adelante. De eso sí estaba segura, en los últimos seis meses, a pesar del daño que le hubiera hecho Gabriel, había visto que su carrera valía la pena y que era buena en su trabajo, e iba a luchar por establecerse en Barcelona. Antes de irse a Londres, había entrado en una di-

námica absurda de trabajos sin sentido y casi se había rendido. Pero ahora ya no, ahora sabía que era una buena profesional y no iba a permitir que ningún mequetrefe, con apellido ilustre o sin él, le dijera lo contrario.

Hubo un momento en el aeropuerto, antes de embarcar, en que creyó ver a Gabriel corriendo por uno de los pasillos. Permaneció sentada para ser de las últimas en embarcar, con la esperanza de que, como en las series de la tele, él apareciera y le dijera que la quería y que no cogiera aquel avión. Pero no. No apareció, y Ágata pudo partir sin ningún tipo de problema. Una vez sentada, no podía dejar de recordar la última «conversación» que habían tenido. La tenía grabada en su mente. Y tampoco podía quitarse de la cabeza que ella le había confesado sus sentimientos, mientras que, si era sincera, tenía que reconocer que él nunca había dicho nada. Se había convencido de que Gabriel se lo decía con sus ojos, con sus caricias, pero en realidad nunca había dicho que sintiera nada por ella, y ahora eso resultaba más que evidente.

Los altavoces del avión anunciaron que iban a aterrizar y Ágata incorporó el respaldo del asiento. Con la mano escayolada le costaba un poco moverse, pero estaba tan cansada y tan enfadada que apenas se acordaba del yeso que cubría su muñeca izquierda. A esas alturas, que una moto la hubiese atropellado unos días atrás parecía una tontería. No había llamado a nadie, no sabía qué decirles, así que cuando saliera del avión y recogiera su maleta, tendría que tomar un taxi. Tal vez lo mejor sería llamar a Guillermo; si su hermano mayor estaba en la ciudad, seguro que iría a buscarla y le daría ánimos. El problema era que a Guillermo no podría ocultarle la verdad, nunca había podido esconderle nada, y

seguro que en cuanto la viera se dar a cuenta de que algo muy grave le había pasado. Bueno, con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, tampoco hacía falta ser Sherlock Holmes para verlo. Se pein o un poco con la mano que no tenía escayolada y decidió que s , que llamar a a Guillermo, se instalar a en su piso de Barcelona, buscar a un trabajo que le gustara y se olvidar a de Gabriel Trevelyan.

Los tres primeros objetivos eran fáciles, el cuarto tal vez le costara un poco más, pero estaba segura de que lo lograr a.

El avión aterrizó y ágata baj o de él mucho más serena que al entrar. Esas casi dos horas, y los kilómetros que separaban Londres de Barcelona, le habían servido para asimilar lo que había pasado, y para darse cuenta de lo que quería a partir de entonces. Su maleta fue de las primeras en salir, y ágata la cogió pensando que era una señal del destino, de que su vida empezaba a mejorar. A continuación, llamó a su hermano. Guillermo, tras un pequeño interrogatorio, le dijo que tardar a unos veinte minutos en llegar al aeropuerto.

Arrastr o la maleta hasta una cafetería situada justo al lado de la puerta de «Llegadas» y se sentó. Cuando se acercó el camarero, le pidió un t  y le resbaló otra lágrima. Si cada vez que hacía algo que le recordaba a Gabriel empezaba a llorar, iba a tener un problema. Enfadada, se secó esa lágrima y le dijo al camarero que anulara el t  y le trajera una agua con gas. Con él nunca había bebido agua con gas.

Se quedó observando a la gente que llegaba y cómo eran recibidos por quienes los esperaban. Había unos cuantos hombres y mujeres de negocios cuya única bienvenida eran

unos fríos carteles con sus nombres; un par de chicos que seguro que iban a Barcelona a estudiar y de los que al parecer se habían olvidado; una señora mayor a la que recibió su nieta con un fuerte abrazo; y sus preferidos, un hombre al que recibió su mujer, o eso creyó Ágata, con un beso de película. A ella nunca le había pasado eso. Ese día había llegado sola y llorando, una imagen nada alentadora, y seis meses atrás, cuando aterrizó en Londres, Gabriel...

—Ágata, peque. —La voz de Guillermo la sacó de su en-simismamiento—. ¿Qué te ha pasado? —le preguntó su hermano mirando la escayola. Luego se centró en los ojos enrojecidos de Ágata y se detuvo en los puntos que aún llevaba en la ceja.

—Nada —contestó ella, y con la mano buena se frotó la cara.

Guillermo se sentó a su lado, la abrazó y ella lloró durante unos minutos. Después se apartó y lo miró a los ojos.

—Gracias por venir.

—De nada. —Él parecía muy preocupado—. ¿Vas a contarme lo que te ha pasado? ¿Por qué llevas esta escayola y esos puntos en la ceja?

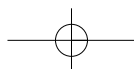
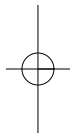
—Luego. Ahora sólo quiero llegar a casa y ducharme. —Después de todo lo que había pasado, Ágata sólo deseaba meterse debajo del agua para ver si así desaparecía el dolor—. ¿Te importa que hablemos más tarde?

—No, no me importa. Sólo dime una cosa. —Él le cogió la maleta y empezó a caminar hacia la salida—. ¿Te lo ha hecho Gabriel?

—El yeso y los puntos, no... —Se le entrecortó la voz—. Lo demás...

—Entiendo —dijo Guillermo, pero en realidad pensó que, tan pronto como le viera, iba a matar a ese infeliz—. No te preocupes. Cuando te sientas mejor ya me lo contarás.

Ágata supo entonces que iba a sentirse mejor, que iba a recuperarse del accidente, que iba a encontrar un trabajo estupendo y que iba a olvidar a Gabriel. Y si cuando él descubriera la verdad iba a buscarla, se encontraría con una Ágata muy distinta de la que había echado de su vida sin pestañear.



1



Barcelona, aeropuerto de El Prat. Unos seis meses antes

Ágata estaba muy nerviosa. Aún no sabía cómo se había dejado convencer; apenas hacía una semana que le habían quitado la escayola de la pierna, tenía el inglés muy olvidado, y eso de instalarse en casa de Gabriel era una locura. ¡Hacía años que no lo veía! Era el mejor amigo de su hermano mayor y, por desgracia, el primer chico del que ella se había enamorado. Bueno, eso quizá era exagerar un poco. Cuando Ágata era pequeña y Gabriel era el complicado amigo de Guillermo, se había quedado atontada con él. Sí, ésa era la palabra, atontada. Por suerte él nunca se dio cuenta, así que ahora podía ahorrarse la vergüenza.

—Ágata, ¿estás segura de que lo llevas todo? —preguntó su madre por enésima vez.

—Sí, estoy segura. Y si me olvido algo ya me lo mandarás, Londres está aquí al lado —respondió ella sin saber muy bien qué era lo que le estaba preguntando.

—Estoy seguro de que esta experiencia te irá bien —comentó su padre mientras cargaba las maletas en la cinta para facturarlas—. Ya era hora de que dieras un cambio a tu vida.

—Ya —replicó Ágata ausente.

Unos meses atrás, pocos días después de Reyes, Ágata se cayó por la escalera y se rompió la pierna por varios sitios. La historia no tenía demasiado glamur; estaba sola en su piso de Barcelona, un piso pequeño por el que pagaba un alquiler altísimo, cuando decidió ir a por las cajas de la mudanza que aún tenía por desembalar. Hacía casi un año que vivía allí y todavía no estaba del todo instalada. Las cajas que le faltaban por ordenar estaban en un trastero, en el desván; un trastero que el portero del edificio le había cedido, muy amablemente, por un tiempo limitado. Bajaba cargada con las mantas y los abrigos y, como era habitual en alguien tan torpe como ella, tropezó por la escalera. Cuando se vio allí, en el suelo, con las mantas a su alrededor y sin su teléfono móvil encima, se echó a llorar. No sólo porque la pierna le dolía mucho, muchísimo, sino porque estaba sola, cansada y hacía tiempo que nada le salía bien.

Por suerte, antes de que perdiera por completo los nervios, apareció su vecina, la señora Güell, con *Boby*, su perro. Le dijo que, al oír todo ese ruido, había decidido salir al pasillo para ver qué pasaba y claro, no iba a dejar a *Boby* solo dentro de su piso, porque cuando se quedaba solo se estre-saba y luego no había modo de que dejara de ladrar durante horas. La señora Güell era la típica vecina cotilla con incontinencia verbal, pero cuando vio los ojos de Ágata llenos de lágrimas, se calló y se puso manos a la obra; en pocos minutos llegó una ambulancia.

En el hospital la historia empeoró. Le hicieron un montón de radiografías, y un médico de urgencias, no demasiado amable y nada parecido a George Clooney, le comunicó que se había roto dos dedos de un pie y un tobillo. No es que

fuera muy grave, y como le habían dado suficientes analgésicos como para atontar a un caballo, a ágata no le interes  en absoluto esa lección de medicina. Lo  nico que quería saber era en qué se traducía todo eso y la respuesta no le gustó: tenían que enyesarla desde la punta del pie hasta la rodilla y, como mínimo, iba a tardar unos dos meses en recuperarse del todo. Fantástico, seguro que a su jefe le iba a encantar.

Cuando ya estuvo enyesada, la instalaron en una camilla en la sala de urgencias, en uno de esos cubículos que están rodeados de cortinas por todos lados, y le preguntaron si quería llamar a alguien. Tuvo que hacer cinco intentos antes de que uno de sus hermanos contestara. Tener familia numerosa para eso. Seguro que todos, incluidos sus padres, estaban en las rebajas. En fin, apoy  la cabeza en la almohada y se resign  a esperar a que Guillermo, el afortunado que había contestado a su llamada, fuera a buscarla. Tal vez pudiese dormir un rato, pero ni siquiera en eso tuvo suerte. A los pocos minutos, entr  una enfermera. Si al médico no podía confund rsele con George Clonney, esa enfermera, en cambio, sí que parecía sacada de *Alguien vol  sobre el nido del cuco*.

—Abra la boca..., señorita.... Martí. —Fueron las primeras palabras que le dijo mientras miraba su nombre en la carpeta y le entregaba un vaso minúsculo con una pastilla intragable dentro y una botella de agua.

— gata, haz lo que te dice la enfermera.

— Guille!

La sargento de hierro aprovech  ese descuido, le lanzó la pastilla dentro de la garganta y le dio la botella de agua.

—Beba despacio. Muy bien, señorita Martí. —La enfer-

mera salió del box de urgencias y la dejó a solas con su hermano. A ver si por fin lograba escapar de allí.

—¡Eres un traidor! Llevo más de dos meses sin ver a mi hermano mayor y, si no fuera por la pierna, ahora mismo me levantaría de esta camilla y te haría tragar la muleta. ¡No te rías! Aún no te he perdonado que no vinieras a casa en Navidad. ¡Incluso las familias que no se soportan se ven en esas fechas! ¡Te he dicho que no te rías!

—Lo siento, peque, pero si pudieras verte creo que también tú te reirías. ¿Necesitas algo más, aparte de huir de aquí?

Guille se agachó, le dio un beso en la frente y se dirigió a administración para llevar a cabo los trámites de su liberación.

Tras salir del hospital, Guillermo la llevó a casa de sus padres, en Arenys, un pueblo cercano a Barcelona con unas preciosas vistas al mar y las mejores cerezas del país, o eso decía siempre su padre. Durante el trayecto, Ágata lloró y se durmió, pero antes, Guillermo tuvo que confesarle lo que había hecho durante esos dos meses en que no se habían visto, y justificar por enésima vez no haber ido a casa de sus padres en Navidad. Guillermo trabajaba en una multinacional y, aunque él se negara a reconocerlo, era un adicto al trabajo y a los aviones. Cuando llegaron a la casa, toda su familia estaba allí.

La familia Martí era difícil de definir; si no se formaba parte de ella, no se lograba entenderla, y si sí, tampoco. Eran agotadores; siempre se peleaban y se abrazaban y se telefo-

neaban por cualquier tontería. Los padres, Elizabeth y Eduardo, las dos Es, como los llamaban sus incorregibles hijos, llevaban juntos toda la vida, y aún parecían ser novios. Eduardo Martí estaba totalmente convencido de que podía controlar el destino y que, por lo tanto, a sus hijos nunca les ocurrir a nada malo; y que, además, y  sa era la parte más complicada, ellos siempre har an lo que él quisiera. Elizabeth, la matriarca, una mezcla curiosa entre una *mamma* italiana y una intelectual francesa, había educado a seis fieras, siete si contaba a su marido, con la más estricta suavidad. Era dulce e implacable, e imposible de engañar; todos lo habían intentado sin éxito.

Sus seis hijos también eran únicos, en más de un sentido. Guillermo era el primogénito, tenía treinta años y era duro, serio y estricto, el mayor a todos los efectos.  lex y Marc eran mellizos, lo que implicaba que nadie sabía nombrarlos por separado. A sus veintiocho años aún discutían sobre quién era el segundo y quién era el tercero en la cadena de mando.  gata, Agui, tenía veintiséis años y, hasta el momento, una vida un poco desastrosa. Helena y Martina eran «las niñas», y con sus respectivos veinticuatro y veintidós años, tenían una vida social muy ocupada.

La mañana siguiente a «la catástrofe», que era como ágata llamaba a su ca da por la escalera, todas sus pesadillas se hicieron realidad: perdió su empleo, pues su jefe no podía permitirse tener de baja a una diseñadora gráfica que ni siquiera estaba oficialmente contratada; Andrea, su mejor amiga, había ligado por enésima vez, mientras que a ella

sólo la llamaba su vecina; y su hermano mayor, Guillermo, se había pasado al bando enemigo, o lo que es lo mismo, se había aliado con sus padres para convencerla de que tenía que reorientar su vida.

Los primeros días, Ágata se negó a escucharlos, pero luego vio que tenían algo de razón; una chica de veintiséis años, una edad fantástica, tenía que saber cuál era su objetivo en la vida, o al menos tener una vaga idea. No bastaba con que hubiera alquilado un piso en el Eixample y que tuviera un trabajo más o menos estable (más menos que más). Tenía que tener un plan, una meta. Tal vez estuvieran en lo cierto, tal vez había llegado el momento de dar un volantazo a su vida.

Así que, tres meses después de «la catástrofe», ahí estaba; aún un poco coja, pero a punto de subirse a un avión hacia Londres.

—Ágata, ¿se puede saber en qué piensas? —preguntó Guillermo chasqueando los dedos delante de sus narices—. ¿Quieres tomarte un café o prefieres pasar ya el control?

—Perdona —respondió aturdida—. ¿Tengo tiempo de tomar un café? —Miró el reloj.

—Sí, si nos damos prisa —apuntó su madre, que ya caminaba hacia la cafetería.

Su padre la rodeó con el brazo:

—Ya verás como este trabajo en Inglaterra te irá muy bien, y Gabriel cuidará de ti. Aún me acuerdo de cuando solía venir por casa todos los veranos. ¿Y tú?

—No, no mucho. —Ágata no creyó necesario informar a

su padre, que era incapaz de guardar un secreto, de que de pequeña había estado pendiente de todos sus movimientos.

—Pues yo sí me acuerdo. —Su madre se añadió a la conversación mientras pedían al camarero que les trajera unos cafés—. Me dio mucha pena que se fuera a vivir a Inglaterra con su padre y su abuela. Guillermo, ¿qué le dijiste a Gabriel cuando lo llamaste?

Ágata miró a su hermano, muy interesada por escuchar la respuesta a esa pregunta.

—La verdad; que Ágata se había roto una pierna y que cuando se recuperara quería dar una nueva orientación a su carrera profesional. Dado que él es el editor jefe de la revista en la que trabaja, pensé que podría ayudarla. Y así ha sido, ¿no?

Pagaron la cuenta y Ágata, con lágrimas en los ojos, se despidió de ellos. Si en ese instante se le hubiera ocurrido una excusa para poder quedarse, habría recurrido a ella sin dudar, pero todo su cerebro estaba centrado en lo que la esperaba al llegar a Heathrow: un nuevo empleo, una nueva oportunidad, una nueva ciudad, y volver a ver a Gabriel.

El empleo le venía genial, siempre había deseado trabajar en una revista y seguro que podría aprender mucho. La oportunidad; haría todo lo que estuviera en sus manos, y más aún, para no desaprovecharla. La ciudad; Londres siempre le había encantado y estaba ansiosa por vivir allí durante seis meses, en principio, lo que iba a durar su contrato en la capital británica. Gabriel... bueno..., seguro que después de trece años, una ya ha superado la tontería del primer chico que le gusta, ¿no? Tan malo no podía ser. Al cabo de unas tres horas se dio cuenta de que era aún peor.

A Gabriel no le extrañó que Guillermo lo llamara un jueves a la una de la madrugada. Ellos dos solían hablar mucho y, como Guillermo viajaba tanto, a menudo lo hacían a horas raras. Lo que sí le extrañó fue el motivo de su llamada: Ágata.

Hacía trece años que no la veía. Era la hermana preferida de Guillermo y siempre que Gabriel estaba con ella se sentía incómodo, era como si pudiera leerle el pensamiento.

Al principio de vivir en Inglaterra, incluso había llegado a echarla de menos. Vaya tontería. La recordaba pequeña, delgada, con los ojos más grandes y más oscuros que había visto nunca, y muy tremenda. Era un caos, se caía continuamente, se olvidaba de las cosas y tenía una conversación imposible de seguir, al menos cuando estaba con él.

Siempre se acordaría del día en que él cumplió diecisiete años. Sus padres se estaban peleando, como de costumbre, y optó por ir a casa de Guillermo. Ya no se le pasaba por la cabeza llamar antes, sabía que allí siempre era bien recibido, así que cogió sus cosas y se fue para allá. Era verano, y cuando llegó a la casa sólo encontró a Ágata. Estaba en el jardín, leyendo un libro, como siempre; levantó la vista y lo miró a los ojos. Él nunca supo que fue lo que ella vio en ellos, pero su cara cambió de golpe y se puso de pie.

—Gabriel, ¿estás bien? —preguntó levantando una ceja por encima de las gafas. Por aquel entonces llevaba todavía las gafas.

—Sí, claro —carraspeó él—. ¿Dónde está Guille? —¿Cómo podía ser que una niña de trece años pudiese ponerlo tan nervioso?

—En la playa —contestó ella acercándosele—. Todos están allí.

—¿Y tú qué haces aquí? —Él se apartó y se sentó en el escalón que separaba la casa del jardín.

—Yo, bueno. —Ágata se sonrojó—. Estaba leyendo y... no me gusta leer en la playa; el viento, la arena, el sol. —Parecía como si se estuviera justificando—. Además, la playa no se moverá, mañana seguirá allí mismo, y yo necesitaba saber cómo acababa el libro.

—¿Qué libro es? —preguntó él.

—*Charlie y la fábrica de chocolate*. ¿Lo has leído?

—No, creo que no. ¿Es el de los niños que ganan el sorteo de las chokolatinas?

—Sí.

—Pues no, no lo he leído.

Ella volvía a estar a su lado, y lo miraba de una manera extraña.

—¿Qué?

—Acabo de acordarme de una cosa —dijo Ágata sin apartarse.

Él la miró extrañado.

—Hoy es tu cumpleaños.

—¿Y?

—Nada. Felicidades.

Ágata se acercó a él para darle un beso en la mejilla, pero Gabriel giró la cabeza para que sus labios encontraran los de ella. Siendo sincero consigo mismo, todavía no tenía ni idea de por qué lo había hecho; tal vez una parte de él quería sentir que alguien lo quería, que para alguien, él era especial. Fue una tontería, pero aún se acordaba del vuelco que le dio